

# Múltiples voces, múltiples perspectivas: relectura de Héctor Rojas Herazo.

Olga Arbeláez

University at Buffalo,

State University of New York

“Lo único claro es que vivimos y no sabemos por qué lo hacemos. Trata uno de hacer las cosas lo mejor posible, de hacerlas derechas y como Dios manda, y ellas se ingenian para salir torcidas. A lo mejor el juego consiste en eso y no lo entendemos” (*Respirando el verano*, 171).

“Sufrimos las consecuencias y ni siquiera podemos trazar su origen, así que el error continúa en la oscuridad” (Federico Fellini, citado por Héctor Rojas Herazo en el epígrafe de *En noviembre llega el arzobispo*, 8).

“No sabemos, Dios mío, lo que nos ha sido encomendado. No nos han sido dados los instrumentos, estamos inermes” (*Celia se pudre*, 65).

En su obra narrativa, Héctor Rojas Herazo presenta un universo fragmentado en el que la realidad se construye a partir de cuadros o escenas tomados tanto de la cotidianidad como de la vida interior de sus personajes. El mundo de Rojas Herazo es determinista y está cargado de un halo pesimista y doloroso. Sus personajes están condenados a sufrir desde antes de su nacimiento y están en la tierra pagando pecados que no han cometido. Sus destinos están predeterminados y nada ni nadie puede alterar el curso de los acontecimientos. En sus novelas, es posible identificar una multiplicidad de voces narrativas que se mezclan en una polifonía poco convencional y compleja. Esto hace que, en general, sus textos sean enigmáticos y de difícil lectura.

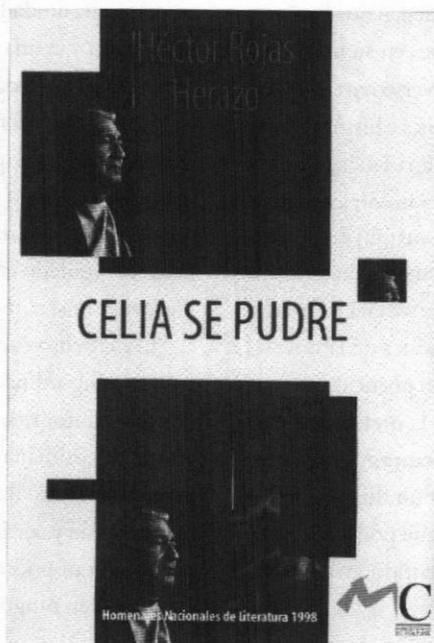
Héctor Rojas Herazo ha publicado tres novelas: *Respirando el ver-*

*no* (1962), *En noviembre llega el arzobispo* (1967), obra que ganó el premio nacional de novela ESSO, y más recientemente *Celia se pudre* (1985) una novela monumental de más de 800 páginas.

Su primera novela, *Respirando el verano*, narra la historia de la familia Domínguez Ahumada en un pueblo de la costa Atlántica. Las otras dos novelas tienen como referente intertextual tanto a la familia como a su matriarca Celia. También comparten el mismo espacio narrativo: Cedrón un pueblo costeño. Por esto, y otras características, los ensayos críticos en torno a la obra narrativa de Rojas Herazo han tendido a compararla con la de García Márquez. Particularmente, se ha dicho que *Respirando el verano* es un lejano (pero pobre) antecedente de *Cien años de soledad* (Menton, 251, Ayala, 324). Este tipo de

aproximaciones críticas a la novelística de Rojas Herazo ha contribuido a la creación del estereotipo y ha relegado una valiosa producción literaria a un segundo plano. De hecho, hay muy pocos estudios sobre su obra, los cuales, en su mayoría, se encuentran inéditos.<sup>1</sup> Como consecuencia, Rojas Herazo ha sido y es todavía un escritor marginado de la narrativa colombiana.

En general, los libros de Rojas Herazo están caracterizados tanto por su estilo barroco como por la forma abierta de su narrativa. Su obra es barroca en el sentido de que es intrincada y compleja. En cada novela hay un sinnúmero de historias que



<sup>1</sup> Entre los estudios dedicados a la obra de Rojas Herazo el más completo y detallado es la tesis doctoral de Azalea García titulada *La novelística de Héctor Rojas Herazo, 1962-1985*, a la cual me referiré con frecuencia en este estudio.

se suceden en diferentes planos temporales e incluso, como en el caso de *Celia se pudre*, en distintos planos espaciales. Además, su tratamiento del lenguaje contribuye a la construcción de ese barroquismo. Rojas Herazo escribe con una prosa rica y poética que constantemente está bombardeando al lector con poderosas imágenes que estimulan su sensibilidad y que tienden a dejar una profunda impresión.

En cuanto a la forma abierta de la narrativa de Rojas Herazo hay que señalar dos aspectos. En primer lugar, el hecho de que sus obras son episódicas. Sus novelas están compuestas de secuencias que son prácticamente historias en sí mismas y que, especialmente en el caso de *En noviembre llega el arzobispo* y en el de *Celia se pudre*, se podrían considerar como independientes entre sí. Ciertamente, la mayoría de estas historias podrían suprimirse sin que esto alterara para nada el desarrollo de la(s) historia(s) principal(es). Así mismo, como lo prueba una novela tan voluminosa como *Celia se pudre*, los textos podrían extenderse en forma infinita a partir de la inclusión de muchos otros nuevos episodios. En segundo lugar, su narrativa es también abierta en el sentido de que está llena de personajes que aparecen, dicen o hacen lo que tienen que hacer y, después, desaparecen. Sus historias son, en su mayoría, inconclusas. De esta manera, en el universo narrativo de Rojas Herazo hay muchísimos personajes e historias que son totalmente prescindibles y que, en apariencia, no tienen ninguna función específica en relación con los personajes más importantes. Este aspecto contribuye, sin embargo, a darle un carácter totalizante a su obra literaria.

Además, la forma abierta de su narrativa está reforzada por la manera como subvierte los cánones de la novela moderna. Tal vez sean tanto su vocación poética como su profesión de pintor, la explicación de la preferencia del autor por los fragmentos y por la estructura episódica de sus obras, además de su afán por crear un flujo espacio-temporal distinto. En sus libros casi que podría decirse que no hay una historia, y, en algún sentido, casi que se puede decir que no pasa nada.



La técnica narrativa de Rojas Herazo sufre una evolución a lo largo de sus tres novelas. En la primera *Respirando el verano*, la historia de Celia sirve para dar unidad a los otros fragmentos narrativos, mientras que en la segunda *En noviembre llega el arzobispo*, la unidad es menos clara. Aquí la historia del cacique Leocadio Mendieta se confunde dentro de las múltiples historias y voces narrativas que aparecen y desaparecen a lo largo de la novela. Finalmente, en *Celia se pudre*, los fragmentos tienden a ser tan independientes entre sí que es difícil identificar una secuencia de eventos que se pueda llamar “la historia principal.” Como ha indicado Azalea García en su disertación doctoral titulada “La novelística de Héctor Rojas Herazo, 1962-1985:” “los relatos que constituyen el texto de *Celia* son en general narrativas cortas que refieren una anécdota, noticia, suceso, incidente, vivencia de la vida cotidiana de un grupo de personajes menores” (131). La novela está compuesta de muchos episodios, en algunos de los cuales aparecen Celia o los miembros de su familia. Esto en algún sentido, hace de esta novela una continuación de *Respirando el verano*, lo cual le proporciona al lector, familiarizado con su obra anterior, una unidad temática de referencia. Sin embargo, *Celia se pudre* es una novela de gran complejidad técnica y temática. Sobre este aspecto de la obra, Azalea García señala: “El texto de *Celia* requiere numerosas lecturas, intensa concentración, imaginación detectivesca y una difícil labor organizadora” (142).<sup>2</sup> De esta manera, en su tercera novela, Rojas Herazo desarrolla totalmente las técnicas que había prefigurado en *Respirando el verano* y explorado en *En noviembre llega el arzobispo*.

El elemento común a las tres novelas es que toda acción esta subordinada a la interioridad de los personajes. Por eso el autor tiende a presentar solamente momentos en la vida cotidiana de sus personajes, en lugar de la historia de sus vidas. Rojas Herazo ha dicho en su ensayo “El héroe común y corriente” que “[el] mejor tema -aquel que no ha sido ni podrá ser nunca lo suficientemente bien explotado en ningún orden de la ficción- es el del hom-

<sup>2</sup> En su disertación doctoral Azalea García ha hecho un excelente análisis del estilo y de la técnica de las obras de Rojas Herazo. La autora ha elaborado una clasificación de los relatos, a partir de la cual ha diseñado una completa guía de lectura para cada una de las novelas.

bre a quien no ocurre nada" (163). Sin embargo, sus obras no son estáticas sino dinámicas. Requieren, además, de la participación activa y permanente del lector. En un universo narrativo caracterizado por la carencia de sentido, es el lector el que está llamado a construir las relaciones y tratar de darle una significación a la multiplicidad de elementos que le son dados.

La trilogía de Rojas Herazo forma parte de un ambicioso proyecto narrativo que pretende abarcar la experiencia humana. En general, sus personajes son seres alienados que están sufriendo o pagando por pecados que no saben que han cometido y que se pasan la vida tratando de encontrar la causa o las razones que expliquen el por qué de este castigo. A la manera calderoniana, algunos llegarán a la conclusión de que su mayor pecado es el de haber nacido. En *Celia se pudre*, uno de los personajes dice: "Estoy castigado. He cometido una horrible, una imperdonable, una monstruosa falta. He nacido... Y grito dentro de mí: ¡Soy inocente!... ¡¡¡SOY TOTAL Y PERFECTAMENTE INOCENTE!!!" (450). Casi cien páginas más adelante, en un diálogo entre dos personajes, en otro momento y en otro lugar, se explica en qué consiste la culpa de los seres humanos:

"Por el solo hecho de ver y oír ... tocar y oler el mundo ...yo soy culpable, culpable en absoluto de todo lo que existe ... Si no hubiera nacido, si yo no existiera, el mundo habría sido siempre inocente. No habrían existido las guerras ni la maldad ni las enfermedades... Soy el gran culpable, el gran culpable ... Yo he roto el equilibrio. El mundo sufre por mi culpa ... Yo he matado su inocencia". (519-20)

Rojas Herazo muestra una clara preferencia por una amplia variedad de temas y aspectos de tipo existencial. Le preocupa la exploración de la vida interior de sus personajes tanto en el contexto del pueblo provincial como en el de la vida de la gran ciudad. Le interesan todo tipo de figuras: desde los marginados sociales hasta los personajes que se mueven dentro de las normas establecidas. Los personajes de Rojas Herazo son seres grotescos, despojados de toda humanidad y que han descendido a los niveles más bajos de bestialidad.

En *Respirando el verano*, es impresionante la descripción de Crisa, la vieja vecina de Celia:

"Crisa ... [era] una anciana inmemorial, envuelta en hilachas de tela negra y roja. Parecía como si alguien, muy cruel y poderoso, en un rapto de furia, hubiese exprimi-

do y zarandeado aquel rostro hasta borrarle toda expresión y todo humano vestigio. Era una cosa rota, abandonada, dejada allí por la resaca de aire y luz de aquella mañana extraordinaria ... Toda ella era suplicio y una súplica". (70).

Así mismo *En noviembre llega el arzobispo*, hay toda una galería de figuras deshumanizadas que se caracterizan por su bestialidad. Cabe mencionar, entre otros, a los hijos de Leocadio Mendieta quienes crecieron "como caballos. Trotando en el patio, dándose mordiscos y pescozones ... hundiéndose en el fango, tropezando con los cerdos, rasgándose los rostros con las ramas bajas de los guamachos erizados de púas" (55). Y a Gerardo Escalante, cuya historia sirve de apertura a la novela. Gerardo era un pobre hombre que había perdido la razón y que en sus arranques de locura le gustaba revolcarse en la boñiga de las vacas o con los cerdos en el chiquero. Cuando su esposa lo encontraba, Gerardo "olía a monte, a sangre coagulada, a fondillos y sobacos sucios de excrementos" (18). Este personaje es, como en el caso de Crisa, una figura a la vez repugante y conmovedora.

También, en *Celia se pudre*, hay muchos ejemplos del mundo grotesco y degradado que Rojas Herazo presenta en su obra narrativa. Un ejemplo, entre los muchos que se pueden encontrar, es el episodio del espectáculo de lucha libre. La descripción es muy detallada y muestra como los contendores van convirtiéndose en bestias salvajes mientras la audiencia contempla el violento espectáculo. El ambiente, en general, es instintivo: "Flota en el aire una sensación amoral. Se siente la masticación de la multitud entre el roce y estrujamiento de muchas bolsas. Y un olor a grasa, orín rancio y electricidad" (57). El episodio impresiona no solamente por la brutalidad de la lucha, sino por la fascinación de la audiencia ante el espectáculo de la violencia.

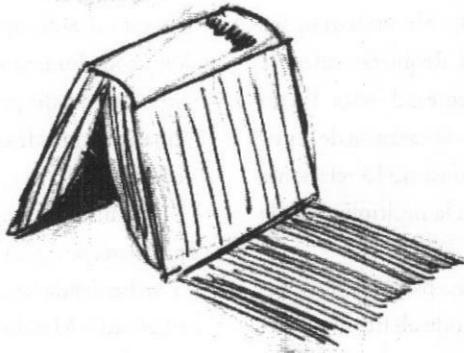
La crudeza y lo grotesco de los personajes sirven para construir un mundo violento, rudo y primitivo. Se puede decir, entonces, que en Rojas Herazo hay una tendencia a reducir la experiencia humana a lo meramente instintivo, a lo salvaje y casi bestial. Su mundo es un mundo en el que se ha eliminado lo racional y donde no hay espacio para la sensibilidad y la solidaridad humanas. El espacio vital donde se desarrolla la tragedia de estos personajes constituye un elemento esencial en cada una de las novelas de la trilogía, puesto que es este espacio vital el que determina en gran medida el destino y el comportamiento de los

personajes. En *Respirando el verano*, la casa constituye el foco central de la vida de los personajes. Ben A. Heller ha indicado que “el eje de la novela es la casa y el patio de la casa. El resto del pueblo casi no forma parte del mundo narrativo hasta el último capítulo y ni siquiera allí el tratamiento es amplio” (22). La novela relata distintos

momentos en la historia de la familia Domínguez Ahumada, concentrándose específicamente en los años de su decadencia. Es una familia cuyo pasado de opulencia y tranquilidad fue destruido por la Guerra de los Mil Días. Es la Guerra la que va a alterar el equilibrio y el destino de todos los miembros de la familia.

Además de ser el eje central, la casa es símbolo de la destrucción y del derrumbe de la familia. En sus mejores tiempos, según cuenta Celia, “la casa era cómoda y bella” (23). En la época de Anselmo, el nieto de la familia, ya el esplendor era solo un recuerdo. Anselmo dice: “la casa ... no era nada distinto a un montón de fieles y voluntariosos escombros. En otro tiempo, cuando vivía el abuelo ... debió ser un bloque macizo que brillaba, con sus horcones y sus ventanas barnizadas de azul, bajo el follaje de los almendros” (22). La casa era hermosa hasta que llegaron los soldados con sus caballos y arrasaron con todo. Hombres y animales se tomaron la casa y destrozaron sus muebles, las comodidades y su esplendor. Cuando la Guerra irrumpe en la casa destruye el equilibrio de la familia.

Milcíades Domínguez, el esposo de Celia, fue apresado por los soldados y, poco después, muere en cautiverio. Su muerte desencadena la ruina material de la familia y las divisiones entre los hermanos. Celia recuerda que “bastó que él cerrara los ojos y lo enterráramos para que empezaran las amargas disputas, los improprios y la desconfianza en esta casa. Cuando vendí la hacienda creí que descansaría. Entonces comenzó la ruina y vinieron las críticas y reconvenciones de mis hijos. Ahora no tenemos la hacienda pero en cambio nos ha quedado la ruina” (171). Antes de la Guerra la casa era un paraíso esplendoroso, después y con el correr de los años, se convirtió en un infierno: “Todos en aquel patio parecían respirar y vivir sobre una gran parrilla. Era un hálito monstruoso, un sopor eructado por la tierra. Y no era sudor lo que manaba de aquellos cuerpos. Era un



ácido destructor fluyendo en una ronca transpiración” (19).

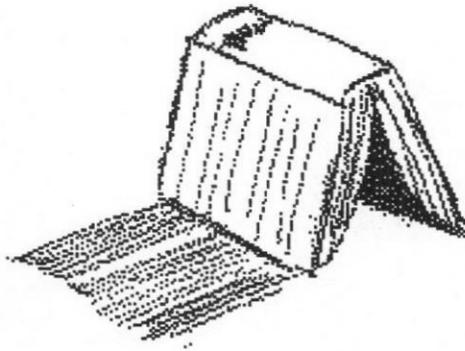
En *noviembre llega el arzobispo*, el espacio vital en que se desenvuelven sus personajes es el pueblo de Cedrón, caracterizado también por un ambiente opresivo. De la misma manera que la casa de *Respirando el verano*, el pueblo funciona como un símbolo del fracaso de sus habitantes porque ha marcado su

destino. El pueblo oprime, aniquila y destruye a sus habitantes. Como se indica en la novela, “[en] el pueblo . . . todo es tiempo espeso, espeso existir. El designio y el habitante fluyen al unísono” (45). El calor llega a ser tan axfijante que, en algunos casos, el pueblo parece una representación del infierno. La vida de los habitantes gira en torno al cacique, el terrateniente Leocadio Mendieta. El pueblo es Leocadio Mendieta. El es el dueño. Nada pasa sin que sea aprobado o desaprobado por su voluntad de poder.

Los habitantes de Cedrón viven sumidos en la rutina esperando algo, pero nada pasa. Los días se suceden inexorablemente sin que se interrumpa la pesada cotidianidad y monotonía de sus vidas. Cedrón es el infierno porque representa la frustración de los personajes con su existencia. Y es un infierno que trasciende al pueblo mismo. En un pasaje del texto, la solterona Brígida dice: “odio este pueblo . . . Si viviera en otro pueblo, también lo odiaría” (101). La monotonía se acentúa con el hecho de que poco pasa en la novela. La trama se sitúa en una época en que los habitantes de Cedrón esperan la llegada del arzobispo y la muerte de Leocadio Mendieta. Ambos eventos se apoderan de la imaginación popular porque simbolizan la posibilidad de un cambio y la esperanza de liberación y de redención de sus habitantes. Sin embargo, el arzobispo llega y se va. Leocadio Mendieta muere y la vida continúa con su pesada monotonía. La esperada redención nunca llega.

A diferencia de *Respirando el verano*, la Guerra de los Mil Días no es un evento que influye directamente en la vida de los habitantes de Cedrón. Aquí el elemento destructor es Leocadio Mendieta. Sin embargo, la vida de algunos de sus habitantes fue destruida por la Guerra y, en algún sentido, es como un espectro que parece rondar la rutina del pueblo.

El texto de *Celia se pudre* se desarrolla en múltiples espacios narrativos en los que se reiteran y se reelaboran los centros focales de sus obras anteriores, a la vez que se agregan otros. La lista es larga: la casa de Celia, el pueblo Cedrón, Bogotá, otros pueblos y otras ciudades colombianas, Nueva York y otros lugares fuera de Colombia. Una vez más,



la característica común a estos lugares es la opresión y el sufrimiento. En uno de los fragmentos, alguien le pregunta a Celia como sería el infierno. Ella le contesta: "Muy simple ¿sabes? Lo imagino como una casa, esta misma casa, de donde se han ido todos los seres que amo. Pasa el tiempo y eternamente los espero y ellos no llegan y en esperarlos, sabiendo que no llegarán nunca, radica el infierno" (141). La visión fatalista de Cedrón de *En noviembre llega el arzobispo* se acentúa en varios pasajes de *Celia se pudre*. El pueblo es como una "mansa bestia" en el que la vida de todos fluye hacia su destino común, la muerte. La voz de Celia dice que en el pueblo "todos saben que mueren de a poquito cada segundo; lo saben bajo sus techos, mientras se llaman o saludan o simplemente se miran unos a otros o se ventean apaciblemente en sus mecedores" (68). La misma idea se proyecta en la descripción del espacio vital de la ciudad, su rutina caótica de ruidos y movimiento, en medio del "idéntico aire, medio corrompido, de todos los días" (35-36) de Bogotá.

Como en sus novelas anteriores, en *Celia se pudre*, Rojas Herazo presenta episodios de la Guerra de los Mil Días. Se evidencia entonces, que la Guerra es una de sus preocupaciones personales. Es un monstruo que ha alterado el orden, la armonía de la nación y de todos sus habitantes. En este sentido, se puede observar la intención del autor por denunciar la violencia y por mostrar sus efectos devastadores. En la obra, alguien comenta: "Venía la guerra como persona o animal que llegara de otra parte... Y quedaban odios. Y muertes por esos odios. Pues no sólo era la ruina... era también la sensación de que al país, a esa posible gran familia que podíamos llamar país, lo hubieran dividido de un tajo, poniendo una parte aquí y otra parte allá. Bien lejos la una de la otra" (438-39). En otro pasaje, Celia hace una larga disquisición sobre la naturaleza destructiva y lo absurdo de la guerra:

"Y yo comprendí entonces... que la guerra, sobre todo la guerra entre hermanos (y toda guerra, mijito, siempre será entre hermanos) es siempre, siempre, estupidez y sufrimiento. Y que lo verdaderamente horrible de todo eso es que nos deja sin saber cómo debemos hacer las cosas ni cuándo debemos hacerlas, ... Y sentí que lloraba frente

a las olas y tuve miedo de vivir. De seguir viviendo en mi propio pueblo... únicamente para que me ultrajaran y ultrajaran a los míos y a las cosas que amaba. Y sentí que eso que me pasaba a mí, eso mismito, tenía que pasarle también a las mujeres del otro bando y me dije, ¿qué es esto, Dios mío, por qué este disparate?" (756)

El mundo de Rojas Herazo está caracterizado por la frustración y el sufrimiento. Sus personajes están atrapados en un ambiente opresivo y sofocante. Son seres sin amor condenados o bien a la soledad, o a soportar la indeseada compañía de los otros. Sus vidas continúan día a día, minuto a minuto. No se preocupan por el mañana porque el futuro es idéntico al presente o al pasado. Además están marcados por un pasado, un evento en la historia colombiana que fue la génesis de una tradición de violencia. Fue esa Guerra la que destruyó la solidaridad y la armonía entre los seres humanos.

A través de la revisión de las características generales de la narrativa de Rojas Herazo, es posible identificar la multiplicidad de perspectivas que ofrecen sus novelas. Multiplicidad que proviene tanto de la forma y de la estructura de sus obras, como del sinnúmero de personajes que habitan en su universo literario. Además, de su relación con los distintos espacios narrativos: partiendo de la casa de Celia en *Respirando el verano*, pasando por el pueblo costeño de Cedrón, escenario de *En noviembre llega el Arzobispo*, hasta llegar al plano nacional en *Celia se pudre*, se percibe la intención totalizante de la narrativa de Rojas Herazo y su constante cuestionamiento por el sentido y la esencia de la existencia humana a través de la exploración de la compleja interioridad y comportamiento de sus personajes.

*hojas Universitarias*.....



#### Bibliografía

- FELICITE-MAURICE, EVELINA. "La novela afro-colombiana: Palacios, Rojas Herazo, Zapata Olivella. Mito, mestizaje cultural y afrocentrismo costeño." Diss. University of Colorado, 1993.
- GARCIA, AZALEA. "La novelística de Héctor Rojas Herazo, 1962-1985." Diss. University of Toronto, 1995.
- HELLER, BEN A. "Lectura marginal de un texto marginado: Respirando el verano de Héctor Rojas Herazo." *Revista de estudios colombianos*. 6.1 (1989): 21-16.
- MENTON, SEYMOUR. *La novela colombiana: planetas y satélites*. Barcelona: Plaza y Janés, 1978.
- ROJAS HERAZO, HECTOR. *Celia se pudre*. Madrid: Alfaguara, 1986.
- \_. "El héroe común y corriente." *Señales y garabatos del habitante*. Bogotá: Biblioteca Colombiana de Cultura, 1976.
- \_. *En noviembre llega el arzobispo*. Bogotá: Lerner, 1967.
- \_. *Respirando el verano*. Bogotá: Faro, 1962.